

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

# ROMA ETERNA

LA CAÍDA DE ROMA

I

NOVELA

SEKOTIA

© , 2020  
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2020

Primera edición: NOVIEMBRE DE 2020

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN  
COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime:  
ISBN: 978-84-18414-08-4  
Depósito legal:

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

INTRODUCCIÓN .....	15
CAPÍTULO I. CONSTANTINOPLA.....	25
CAPÍTULO II. DALMACIA .....	41
CAPÍTULO III. SARMATIA.....	54
CAPÍTULO IV. ANTIOQUÍA .....	65
CAPÍTULO V. ROMA .....	78
CAPÍTULO VI. CAMPAMENTO DE LOS HUNOS .....	92
CAPÍTULO VII. CONSTANTINOPLA.....	103
CAPÍTULO VIII. HUNOS, LA AUDIENCIA.....	114
CAPÍTULO IX. ROMA .....	126
CAPÍTULO X. HUNOS, CETRERÍA .....	140
CAPÍTULO XI. ROMA .....	153
CAPÍTULO XII. ANTIOQUÍA .....	174
CAPÍTULO XIII. ANTIOQUÍA.....	185
CAPÍTULO XIV. ANTIOQUÍA .....	196
CAPÍTULO XV. CONSTANTINOPLA .....	205
CAPÍTULO XVI. ANTIOQUÍA .....	219
CAPÍTULO XVII. ANTIOQUÍA.....	230
CAPÍTULO XVIII. DUROSTORUM.....	241

CAPÍTULO XIX. ANTIOQUÍA .....	254
CAPÍTULO XX. DUROSTORUM .....	262
CAPÍTULO XXI. PARTE OCCIDENTAL DEL IMPERIO.....	274
CAPÍTULO XXII. PARTE OCCIDENTAL DEL IMPERIO .....	282
CAPÍTULO XXIII. PARTE OCCIDENTAL DEL IMPERIO.....	295
CAPÍTULO XXIV. CONSTANTINOPLA.....	305
CAPÍTULO XXV. DUROSTORUM.....	317
CAPÍTULO XXVI. DUROSTORUM.....	327
CAPÍTULO XXVII. MARCIANÓPOLIS .....	338
CAPÍTULO XXVIII. MARCIANÓPOLIS.....	352
CAPÍTULO XXIX. MARCIANÓPOLIS.....	367
CAPÍTULO XXX. TRACIA .....	377
CAPÍTULO XXXI. AD SALICES .....	387
CAPÍTULO XXXII. MONTE HEMO .....	402
CAPÍTULO XXXIII. MERCENARIOS .....	411
CAPÍTULO XXXIV. MONTE HEMO .....	419
CAPÍTULO XXXV. CONSTANTINOPLA.....	427
CAPÍTULO XXXVI. ADRIANÓPOLIS .....	438
CAPÍTULO XXXVII. ADRIANÓPOLIS.....	454
CAPÍTULO XXXVIII. ADRIANÓPOLIS .....	464
CAPÍTULO XXXIX. TRAS LA BATALLA .....	475
CAPÍTULO XL. TEODOSIO .....	484

CAPÍTULO XLI. UN NUEVO EMPERADOR.....	495
CAPÍTULO XLII. TEODOSIO EN CONSTANTINOPLA.....	507
CAPÍTULO XLIII.....	518
CAPÍTULO XLIV. PAZ CON LOS GODOS.....	533
JAQUE AL IMPERIO.....	545
BIBLIOGRAFÍA.....	547

## INTRODUCCIÓN

Esta novela es la primera entrega de una trilogía dirigida a los lectores apasionados por la narrativa histórica, apasionados por la novela y apasionados por la historia, en especial por la historia de Roma.

Una de las cuestiones en las que es más difícil ponerse de acuerdo es en cómo determinar qué proporción de historia, y qué parte de ficción deben componer una novela de este género. Pasarse con la historia tiene el peligro de convertir la novela en un tratado aburrido, difícil de digerir por el lector, y pasarse con la ficción puede significar que el autor escriba una novela ambientada en una época, cuando muy bien podría estar ambientada, esa misma novela, en cualquier otra.

La cuestión puede complicarse aún más, si de lo que se trata es de narrar una época, utilizando los elementos narrativos que proporciona el género de la novela. Este es el caso.

Mi objetivo es narrar los últimos cien años del Imperio Romano Occidental y su caída. El personaje verdadero, en mis tres novelas, en realidad, es la historia misma de ese periodo, tan trascendental en nuestra cultura.

He tratado de conseguir que el amante de la historia encuentre aquí un relato riguroso, completo, didáctico, accesible y entretenido. He pretendido que el amante de la novela encuentre un relato de ficción que le interese y a la vez le haga aprender sobre un periodo, que no es el más conocido de la historia de Roma, a pesar de resultar apasionante, cuando se le descubre. He intentado que los amantes de la novela histórica encuentren una obra que puedan considerar legítimamente del género, sin que les pese la cantidad de datos históricos que contiene. Espero que encuentren interesantes los personajes de ficción, de entre los que yo he disfrutado especialmente con Róderic, personaje entrañable, para cuya creación me he inspirado en la persona real de mi buen amigo y también magnífico escritor de novela histórica Alberto Caliani, cuyas obras recomiendo especialmente.

Estoy seguro de que es más mi propia ignorancia, que la certeza por conocer, la que me lleva a pensar que nadie ha intentado una cosa semejante. Seguramente me equivoco, pero no conozco una narración histórica, como yo he intentado hacer en esta trilogía.

Mientras he estado dedicado a esta obra, me ha venido una y otra vez el recuerdo de una frase que nunca he podido olvidar y que dice: «Lo hicieron porque no sabían que era imposible».

Verá el lector que la ambición del proyecto no tiene límites, cuando creo que el talento del autor obtiene más impulso de la intención y el entusiasmo puesto en juego, que del genio que el desarrollo de esta obra habría merecido. En cualquier caso, no he escatimado el trabajo y solo espero que el lector quede satisfecho con el resultado.

Para tratar de lograr lo que he pretendido, ha sido necesario poner en pie toda una época, que tiene sus propias características, muy diferentes a la idea que todos tenemos de la Roma

del periodo clásico de César y Augusto, y que los amantes del género tenemos bien aprendido.

Se trata de un periodo extraordinariamente complejo caracterizado por gravísimas confrontaciones críticas, difíciles siquiera de enumerar. El Imperio estaba dividido entre la parte oriental y la parte occidental, muchas veces enfrentadas. Había una división clara entre lo que eran las tierras que lo formaban y las tierras bárbaras. Había una confrontación entre romanos y bárbaros, ya fuera con los que estaban fuera de las fronteras, o dentro y asentados. Había un enfrentamiento entre cristianos y paganos. Por su parte, los cristianos también estaban divididos y enfrentados entre católicos y arrianos, que se perseguían entre sí con una saña cruel. Existía una situación de desigualdad cada vez más radical, entre una ínfima minoría, que poseía toda la riqueza disponible, y el resto, que vivía en la permanente miseria. Era un mundo sometido a una profunda y extensa transformación que estaba cambiando todas las estructuras políticas, sociales, económicas, étnicas, culturales y religiosas, en el que hasta los fundamentos de la legitimidad del poder estaban cambiando.

Todo ese mundo ha sido necesario ponerlo en pie y transmitirlo, en la medida de lo posible, mediante la utilización de una técnica narrativa, que intenta y pretende no aburrir al lector.

Por otro lado, quiero referirme a la razón de por qué he situado la caída de Roma justamente en sus últimos cien años.

En el ámbito de la cultura, aparecen a veces personajes capaces de determinar nuestra concepción de las cosas.

Es el caso del historiador Edward Emily Gibbon, que, entre 1776 y 1788, escribe su gran obra, titulada *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, cuya influencia perdura hasta hoy. En esta obra, considera a las civilizaciones como organismos vivos que, al igual que estos, nacen, crecen, se desarrollan, decaen y mueren. Esta sugerente visión fue asumida de inme-



diato como forma de comprender la decadencia y desaparición de las civilizaciones.

Según esta concepción, el Imperio romano alcanzó su cénit a finales del siglo II de nuestra era, con el reinado de Marco Aurelio, y desde ese punto y esa fecha, no hizo sino decaer hasta alcanzar el final, al menos por lo que se refiere al Imperio romano de Occidente, en el año 476.

Esta idea es la asumida por casi todos. Sin embargo, cabría preguntarse si se corresponde con la realidad, porque, cuando nos referimos a un ser vivo, el hecho incuestionable es que, efectivamente, sabemos que nace, crece, se desarrolla, decae y muere. Pero ¿forma parte de la naturaleza de toda civilización que ese proceso se dé en la misma forma? Planteada así la cuestión, la respuesta es: No.

De una civilización, nunca se podrá afirmar lo mismo. Cabe suponer, dada la experiencia histórica, que toda civilización, antes o después, desaparece, pero en ningún punto de su devenir puede afirmarse si está o no en proceso de desaparición.

Que esto no resulte tan evidente en el planteamiento hecho por Gibbon se debe a que el gran historiador juega con ventaja, porque conoce el final. Es decir, él parte de la base de que ya conoce que el Imperio romano de Occidente desaparece en el año 476, y, por tanto, nada le cuesta establecer una secuencia continua entre el cénit, que también conoce, en el siglo II, y el final, pudiendo llamar a ese periodo «historia de la decadencia y caída del Imperio romano», como título que se legitima por su propia evidencia.

Si partimos de la base de que conocemos que el Imperio romano ha desaparecido, todo hecho anterior desfavorable puede ser considerado, sin más, como causa de esa desaparición, pero ¿de verdad aquellos hechos llevaban indefectiblemente a su caída? ¿Era inevitable que Roma desapareciera?

Definitivamente, no. Los hechos históricos que se suceden

a partir de la desaparición del emperador Marco Aurelio no tenían por qué ser causa de la caída del Imperio. De hecho, en la época de Teodosio, a finales del siglo IV, ochenta años antes de que Roma desaparezca, nadie que viviera en aquel momento fue consciente nunca de lo que iba a suceder. Muy al contrario, pensaban que Roma estaba recuperando sus mejores tiempos, y en la mente de todos seguía siendo eterna.

Invasiones bárbaras y guerras civiles fueron los grandes problemas con los que Roma, en todas sus etapas históricas, tuvo que lidiar para sobrevivir, y siempre lo hizo. Para los coetáneos, estar en presencia de una crisis, por profunda que pudiera parecer, no significaba nunca que Roma pudiese caer.

La caída de Roma se produjo en el año 476, pero pudo no haber ocurrido.

Es cierto que desde el fin del reinado de Marco Aurelio se produce una continua decadencia, siendo el punto más crítico el alcanzado en el siglo III con el periodo conocido como el de la anarquía militar, en el que por lógica Roma debió desaparecer. Sin embargo, surge Diocleciano y, a partir del año 285, se produce la reorganización y reestructuración del Imperio, de modo que renace y vuelve a mostrar su fuerza y vigor con las dinastías de Constantino, los Valentinianos y Teodosio el Grande, que logran que el Imperio se proyecte como una realidad poderosa hacia el futuro, sin límite en el tiempo. La existencia de esa etapa demuestra que Roma no tenía por qué caer, hubiese pasado lo que hubiese pasado, desde la muerte de Marco Aurelio.

La propia existencia de este periodo de casi dos siglos desmiente la visión de esa «decadencia y caída», como un todo continuo en el tiempo, y como causa inevitable del final.

Sin embargo, dicho esto, resulta preciso asumir el hecho histórico de que Roma desaparece en el año 476. Cabe enton-

ces preguntarse cuáles fueron las causas concretas que produjeron este fatal desenlace.

En el año 375 d. C., todas las causas que producen la decadencia se encuentran presentes:

- El acceso al trono está íntimamente vinculado al control del poder militar, lo que hace que exista el riesgo continuo de la aparición de usurpadores y de guerras civiles.
- La legitimación del poder pretende desvincularse de las viejas familias aristocráticas y senatoriales de Roma.
- Constantino encuentra esa nueva fuente de legitimación en el cristianismo, que tiene en sus obispos a los representantes de la divinidad en la tierra, y que dirigen una comunidad que les sigue disciplinadamente.
- El ascenso del cristianismo produce una confrontación permanente con el paganismo. La tradicional tolerancia y convivencia entre religiones se torna en intolerancia, cuando no en persecución.
- La crisis demográfica, producida por las pestes habidas desde el siglo II y las continuas guerras civiles, se deja notar en la falta de fuerzas productivas y en la dificultad cada vez mayor para dotar al ejército de los efectivos necesarios.
- Se necesita un inmenso ejército capaz de defender las fronteras y mantener el orden interior. Esto supone la necesidad permanente de unos inmensos recursos financieros que hacen que los impuestos resulten insoportables.
- La corrupción se convierte en generalizada.
- La continua necesidad de recursos, con una recaudación de tributos que tiende a disminuir, conduce a la mala solución de deteriorar la calidad del metal empleado en la acuñación de moneda, lo que lleva un proceso de inflación que hunde la economía.

- Esto, y la inseguridad en las comunicaciones, provocada por las continuas guerras civiles, hacen que el comercio se reduzca a un mínimo de actividad.
- Puesto que cada vez es más difícil obtener cuanto se necesita, a través de la actividad comercial, las grandes fincas tienden a convertirse en unidades de producción autosuficientes.
- La aristocracia senatorial de Roma, una vez que la capital se traslada, se instala en sus fincas rústicas, donde encuentra cuanto necesita para satisfacer sus necesidades, lo que contribuye a disminuir la actividad comercial y artesanal.
- El colonato se extiende, como medio de escapar a la miseria por parte de los pequeños agricultores, y de evitar el servicio militar, con lo que la servidumbre se va extendiendo cada vez más, lo que va transformando las formas de organización social y económica.
- La esclavitud resulta menos productiva.
- La falta de reclutas obliga a contar cada vez más con fuerzas bárbaras para completar el número de soldados que se precisan.
- La desigualdad entre los que lo tienen todo y los que nada poseen se convierte en crítica.
- Por último, la existencia de varias cortes imperiales hace que el Imperio tienda a dividirse.

Que las causas de la decadencia no son las causas de la caída lo demuestra el hecho de que aquellas son comunes a todo el Imperio y, sin embargo, la caída se produce solo en la parte occidental.

Si comprendemos esto, no nos será difícil entender que la caída del Imperio romano de Occidente se produce debido a causas concretas y específicas, que lo llevan a su fin en el transcurso de sus últimos cien años.

En el año 375, todas las causas de la decadencia se viven como graves problemas, pero de ninguna de ellas podemos derivar una relación causal, que tenga como final la caída de Roma. Todas ellas agravarán y acelerarán el proceso, pero ninguna será la raíz, la causa directa, de cuya existencia podamos deducir una cadena de acontecimientos que precipiten el final del Imperio.

Es en el momento al que me refiero, año 375, cuando aparece la causa que desatará la cadena de acontecimientos que, en solo cien años, conducirán a la caída del Imperio romano de Occidente.

De eso trata esta trilogía.

El lector decidirá si el autor ha conseguido contarlo.

Me gustaría por último compartir con el lector la razón que me ha llevado a escribir esta historia y no cualquier otra. En mi experiencia, un libro se escribe tras sentir una emoción por algo que hace nacer la pasión de tener que contar una historia, o transmitir una idea. Roma ejerce en mí una fascinación a la que no puedo resistirme, desde muy joven. Adoro el estudio de la historia, y el esfuerzo realizado en su momento para entender el mundo que me rodea, cuando me planteé escribir mis libros titulados *La rebelión de los amos* y *Las élites y el arte de la impostura*, me llevó a descubrir el verdaderamente increíble paralelismo entre el proceso que llevó a la caída de Roma y los tiempos que vivimos actualmente en Occidente.

Salvando todas las distancias, resulta asombroso comprobar cómo Europa estaba en su cénit a finales del siglo XIX, dominando territorialmente la mayor parte del mundo conocido como la Roma de Marco Aurelio en el siglo II. Tras aquel reinado, el Imperio entró en un periodo de decadencia que lo llevó a la anarquía militar del siglo III, caracterizado por las guerras civiles, la crisis económica, la inflación, las epidemias, una gran mortandad y una transformación profunda

de todo el sistema, tal y como ocurre en Europa, pues la guerra franco-prusiana, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial no dejan de ser, en el fondo, guerras civiles entre europeos. La toma del poder por los fascismos y el comunismo no deja de tener una semejanza con la continua aparición en Roma de usurpadores, en el periodo al que me refiero. Por apurar el paralelismo, no faltó en el año 1918 una epidemia de gripe que mató a más de treinta millones de personas. Todo el desastre de aquel siglo III de la anarquía militar fue, de alguna manera, superado por la etapa que se inició con Diocleciano, que recuperó el Imperio; de forma que, con la dinastía de Constantino, la valentiniana y la de Teodosio, bien podía pensarse que Roma resurgía para estar a la altura de sus mejores tiempos. Es exactamente lo que ocurrió con el resurgimiento de Europa tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando se inició un periodo de desarrollo y prosperidad nunca conocido en la historia, y que ha durado hasta que las élites mundiales, tras la caída del Muro de Berlín, decidieron imponer un nuevo modelo, utilizando como medios para imponerlo la globalización y el neoliberalismo.

Si el lector revisa las causas de la decadencia de Roma, podrá comprobar que prácticamente son intercambiables con la situación que estamos viviendo actualmente en Occidente.

La legitimación del poder está desvinculada de la existencia de la nación y cada vez más de la existencia del Estado y alejado de la voluntad democrática expresada en cada país. El poder está íntimamente ligado al poder financiero. La nueva fuente de legitimación ideológica se encuentra en el consenso socialdemócrata, cuya imposición está enfrentada a los fundamentos cristianos de nuestra sociedad. Existe una crisis demográfica grave y evidente. El peso de los impuestos resulta insostenible. La economía se encuentra estancada. La desigualdad económica se incrementa constantemente y la pobreza aumenta

imparable. La corrupción es cada vez mayor. Se necesitan cada vez más recursos para sostener el estado del bienestar, y se incrementa la deuda pública hasta niveles insostenibles. Los grandes empresarios se desvinculan de sus raíces nacionales para formar parte de una élite mundial, a la que no interesan las comunidades de las que proceden.

En el año 376, Valente autorizó a los godos a instalarse dentro de las fronteras del Imperio, y se desató la cadena de acontecimientos que resultaron la causa inmediata de la caída del Imperio romano de Occidente.

La inmigración en Europa está escapando a todo control y está produciendo los mismos efectos desintegradores que las inmigraciones de bárbaros, primero pacíficas y violentas después, que acabaron con Roma.

Cuarenta años antes de que el Imperio desapareciera, nadie fue capaz de percibir que tal cosa podría ocurrir. Hoy nadie piensa que la civilización occidental esté en proceso de desaparición. Ellos se equivocaron. Puede que nosotros no, pero el proceso es tan similar que escalofría pensarlo.

Se podrá estar de acuerdo o no con este análisis, pero es esta la razón por la que he escrito esta trilogía, que se inicia con la novela que el lector tiene en su mano.

Esta obra tiene el valor que el lector quiera darle. Yo solo espero no haberle defraudado.

## CAPÍTULO I

# CONSTANTINOPLA

Año 375 d. C. Año 1128 *ad-Urbe condita*.

Ni los propios dioses habrían podido convencer a nadie de los allí congregados del hecho cierto de que, pasados cien años, Roma habría desaparecido para siempre.

Septimio Severo había ordenado construir el circo cuando la ciudad todavía se llamaba Bizancio, pero fue Constantino quien le dio su esplendor al fundar Constantinopla y ampliarlo hasta su actual capacidad para los cien mil espectadores que ahora lo llenaban hasta la última grada, y cuyo griterío podía escucharse al otro lado del Bósforo.

Sobre sus carros, los aurigas apenas eran capaces de contener a los caballos, ansiosos porque la cuerda que se cruzaba ante ellos se alzase para dar comienzo la carrera.

Había llegado a Constantinopla precedido por su fama de matón, y su fama era justa. Sexto Servio era uno de los corredores de cuadrigas más famosos del Imperio. Había corrido en todos los grandes hipódromos y en ninguna ciudad podía quedarse demasiado porque en todas creaba problemas. Pendenciero, bronquista y cruel, era capaz de cualquier deslealtad o de cualquier traición, no ya por dinero, al que nunca hacía ascos, sino por el puro placer del riesgo. Se complacía en



llevar al límite a aquellos a los que gustaba desafiar, casi siempre por cualquier nimiedad que tenía el hábito de convertir en un grave problema y, a veces, en tragedia.

En la ley romana, la paternidad no estaba considerada un hecho biológico, sino una cuestión jurídica. El recién nacido era presentado al padre, y este debía tomarlo en sus brazos como muestra de aceptación de su paternidad; pero había casos en los que el padre se negaba a aceptar al hijo y, entonces, el recién nacido era sometido a lo que se conocía como *expositio*. El niño quedaba expuesto, es decir, abandonado en la puerta de la casa o en el muladar más cercano. Los romanos estaban acostumbrados a oír, confundidos en la noche, los maullidos de los gatos con el llanto de los niños abandonados a su suerte hasta que el hambre o las alimañas acababan con ellos, o alguien de los que se dedicaban a recogerlos, se hacía cargo de algunos para convertirlos en esclavos, gladiadores, prostitutas o cualquier ser desgraciado, para los que la sociedad romana parecía tener una infinita cabida.

El cristianismo estaba terminando con tan inhumana costumbre, pero lo cierto es que Sexto Servio había sido uno de esos niños expuestos que, recogido por un lanista, fue criado para ser gladiador. Tratado durante su niñez como un perro, tuvo la suerte de que, al empezar a convertirse en un muchacho, su ama, la mujer del lanista, se fijase en él y acabara encaprichándose de los evidentes encantos que el joven estaba desarrollando. Inexperto al principio, supo tomar la iniciativa para dar toda clase de gustos a un ama que se mostraba cada vez más viciosa e insaciable.

Con el tiempo, consiguió que aquella mujer convenciera a su marido para que le concediese la libertad, y, cuando la consiguió, le faltó tiempo para olvidarse de ser gladiador, aunque no de cuanto había aprendido en el manejo de la espada, el puñal y otras armas que sabía utilizar con soltura. Se introdujo

en los bajos fondos del hipódromo, trabajando para corredores de apuestas. No tenía escrúpulos en alquilarse para dar una paliza, romper algún hueso, actuar como sicario o amañar una carrera.

Un golpe de suerte le permitió entrar en el equipo de un famoso auriga que quedó fascinado por su osadía y quizá por algo más. Así se inició en la conducción de cuadrigas. Pronto adquirió cierta fama y comenzó a correr en los principales hipódromos del Imperio.

Con algún golpe de suerte y algún asunto inconfesable, en una ocasión intentó ganarse la vida como comerciante. Fue en Mérida, en Hispania, donde se estableció como almacenista de aceite de oliva comprando a crédito y vendiendo al contado. El lujo, el juego y el disfrute de toda clase de placeres hizo que lo que cobraba al contado fuera dilapidado, y lo que tenía que pagar se demorara cada vez más, hasta que arruinó por completo un negocio que pudo ser próspero. Tuvo que escapar, tuvo que huir de sus innumerables acreedores que se vieron estafados y más de uno arruinado a su vez. No corrió mejor suerte en otras ciudades donde intentó establecerse, pues de todas salió de mala manera.

En Roma se le recordaba, más que por su éxito en las carreras, por su intervención en los disturbios que se produjeron, al salir elegido Ursino, a la muerte del anterior papa. Su rival, Dámaso, romano e hijo de un sacerdote de Hispania, se opuso a esa elección. Contrató a un pequeño ejército de matones y chusma del hipódromo, los puso a las órdenes de Sexto Servio y los lanzó contra los seguidores de Ursino. Hubo decenas de muertos entre los partidarios de ambos, pues las revueltas se extendieron a toda la ciudad. Durante tres días, los cadáveres de las víctimas flotaron en el Tíber. El 1 de octubre de 366, los asesinos contratados por Dámaso se hicieron con el control de San Juan de Letrán y de Santa María la Mayor, y expulsaron de Roma a Ursino y los

suyos, terminando con la vida de ciento treinta y siete de sus fieles. El orden solo se restableció cuando Pretextato, prefecto de la ciudad, intervino y, con ayuda de tropas, acabó con el resto de los seguidores de Ursino que se habían hecho fuertes en algunas iglesias. Así pudo ser coronado Dámaso como nuevo sucesor de san Pedro, hacía ya diez años.

Ahora, en el hipódromo de Constantinopla, corriendo en el equipo de los verdes, bajo su casco ático y cubierto de sudor, Sexto Servio sujetaba con fuerza las bridas de su cuadriga, que estaba a punto de iniciar la carrera. Situado en el *carcer*, el puesto de salida que le había tocado por sorteo, miró a su izquierda lanzando una carcajada de desprecio y desafío al gran auriga de Constantinopla, Cayo Crito Fulmen.

Cayo era conocido como Fulmen por ser como el rayo, sobre su carro. Normalmente corría en Constantinopla y solo aceptaba hacerlo en otros hipódromos si le pagaban un alto precio. Disponía de los mejores caballos de Oriente, Acamar, Etamín, Bunda y Canopos, los cuatro, negro azabache, de pelo brillante y crines rizadas como cabello de mujer dispuesta a seducir con el vuelo de su pelo. Eran caballos árabes cruzados con caballos persas que combinaban la ligereza y la velocidad con la fuerza y la potencia. Nerviosos, y con todos sus músculos en tensión, solo esperaban que la cuerda que les impedía salir fuese retirada y comenzase la carrera.

Fulmen, que corría por el equipo de los azules, vio la risa y el gesto feroz de Sexto Servio y sonrió con indiferencia.

Cuatro eran los equipos que competían y que se distinguían por sus colores, azul, verde, rojo y blanco. Todo el mundo tenía un equipo favorito por el que apostaban y al que seguían con fanatismo, llegándose a producir, a veces, enconados disturbios por los enfrentamientos entre unos y otros, sin mayor fundamento que el ser partidarios de un determinado color. El cristianismo era contrario a estos juegos, pero todo el mundo

sabía que los arrianos apoyaban al equipo verde, y que los partidarios del Concilio de Nicea, a los que se llamaba católicos, eran partidarios de los azules.

Cayo Crito Fulmen había nacido en la capital oriental del Imperio en el 347, justo en el año 1100 de la fundación de Roma, reinando en Constantinopla Constancio II y, en Occidente, Constante, ambos hijos de Constantino el Grande. Su infancia transcurrió en una Constantinopla convulsa por la feroz persecución de paganos que llevó a Constancio a decretar la pena de muerte para toda clase de cultos con sacrificio a los dioses tradicionales. Ordenó el cierre y la destrucción de todos los templos paganos y se edificaron hornos junto a ellos para convertir los mármoles en cal para la construcción. El fanatismo llegó a tal extremo que muchas bibliotecas fueron quemadas en todo el Imperio. Cayo se había criado a la sombra del hipódromo, pues no en vano era hijo de Tito Crito Primus, el más famoso auriga de Oriente que lo inició y lo vio triunfar, antes de morir en una aciaga carrera.

Cayo era muy querido y admirado en Constantinopla, donde partía casi siempre como favorito. Sin embargo, en esta ocasión, las apuestas estaban muy igualadas entre él y Sexto Servio. Habían corrido por la ciudad toda suerte de chismes y comentarios sobre el enfrentamiento personal entre ambos aurigas. Era sabido que Servio carecía de cualquier escrúpulo y que no le bastaba con vencer a sus adversarios, sino que procuraba acabar con ellos dentro y fuera de las carreras. Cuando consideraba que un adversario podía ser mejor que él o hacerle sombra, lo buscaba desafiante en cualquier lugar para provocarlo y retarlo con fanfarronadas y amenazas.

Esa misma mañana, dos horas antes de empezar la carrera, Servio, con el grupo que le seguía a todas partes, se acercó a donde estaba Fulmen y los suyos atareados en la preparación del carro, correajes y caballos.

—Me han dicho que las apuestas están muy igualadas entre tú y yo —dijo Servio.

—Eso parece —respondió Fulmen, indiferente ante la arrogante estupidez de su adversario, sin levantar la vista de uno de sus ayudantes, que engrasaba el buje de las ruedas y el eje del carro con el que iba a correr ese día.

—Se equivocan quienes piensan que tienes la más mínima opción de ganar, eres pasado, eres historia, voy a acabar contigo —dijo Servio mirándolo fijamente.

Cayo miró a su adversario con determinación para demostrarle que no le tenía miedo alguno.

—Para acabar conmigo tendrías que haber empezado y, hasta ahora, toda la fuerza se te ha ido por la boca.

Servio apretó los puños y los dientes.

—Cien mil ases —dijo mientras señalaba a su oponente con el brazo y su dedo índice extendidos.

—Acepto —dijo Cayo sin inmutarse ni dejar de hacer lo que estaba haciendo.

La apuesta estaba cerrada ante testigos. Servio se dio la vuelta y comenzó a alejarse rodeado de los suyos.

—Acabaré contigo, Cayo Crito Fulmen, no lo olvides —gritó sin volverse.

En Constantinopla se conocía la especial relación existente entre Fulmen e Iria Salonina, la meretriz que regía el prostíbulo más lujoso y elegante del Imperio oriental. Su casa era la referencia en la prestación de esta clase de servicios, sobre todo para los nobles de la corte. Iria era una apasionada de las carreras del hipódromo a las que asistía siempre que le era posible. Diez años mayor, estaba encaprichada del joven, fuerte, apuesto y famoso auriga Cayo Crito Fulmen. Le gustaba todo de él, especialmente su mirada y su sonrisa, a veces tan llena de melancolía; pero lo que le producía una especial ternura es que sabía tratarla con una pasión no exenta de cariño y respeto

que no había encontrado en ningún otro hombre, y le hacía sentirse con frecuencia como si fuese una delicada joya en sus brazos. Cayo debía mucho de su triunfo a Iria, que tenía una gran influencia sobre notables personajes de palacio de los que había recibido protección desde muy joven.

La noche anterior se había presentado Servio en el prostíbulo y había pedido la compañía de dos de las chicas. Nadie podía decir que no estuviesen dispuestas a satisfacer los vicios más extravagantes y acostumbradas a las más siniestras vejaciones. Sabían manejarse como profesionales que eran o como esclavas que temían el castigo, si incomodaban a un cliente por no ceder a sus deseos, pero los gritos de aquellas mujeres resultaron intolerables incluso para quienes estaban acostumbrados a todo.

Tres de los exgladiadores contratados para mantener la paz en la casa tuvieron que reducir al auriga borracho y echarlo a la calle mientras profería toda suerte de insultos y amenazas contra Iria Salonina. Aquellas mujeres, cuya compañía había pagado, tardarían tiempo en curar el daño y las heridas que este sádico les había producido.

Enloquecido y embriagado, siendo noche cerrada, se dirigió por las oscuras calles de la capital de Oriente a las cuadras del hipódromo. Estaba lleno de rabia y resentimiento. Era un resentimiento vago y difuso que le envolvía como una nube que le oprimiera y le impidiese respirar. Sentía odio contra todo y contra todos, pero más que nada, sentía odio contra sí mismo. Apoyado en la puerta de los establos, su infinita soledad se convirtió en un sentimiento autodestructivo que apenas interrumpieron las convulsiones de su cuerpo, que comenzó a deshacerse de todo el vino que había tomado.

Cuando pudo, recuperó el resuello y comenzó a andar a tientas por las cuadras que estaban completamente a oscuras, apenas iluminadas por los tenues rayos de luz de luna que se filtraban por las rendijas y las pequeñas ventanas de ventila-

ción. Sus caballos se encontraban al fondo. Al pasar junto al establo ocupado por los de Fulmen se quedó mirando la soberbia estampa de Canopos, el más veloz de los cuatro que componían el tiro.

El caballo se había inquietado con la presencia del extraño y resoplaba nervioso, haciendo que su piel bien cepillada brillara con aquellos débiles rayos de luz que se filtraban dentro de la cuadra.

—¿Buscas algo? —se escuchó en la oscuridad.

Servio se sobresaltó y dio un paso atrás.

—¡Eh...! ¿Quién eres?

Apenas pudo distinguir entre las sombras el cuerpo del joven caballero que le hablaba.

—Soy Lucio. ¡Dime, qué quieres!

El muchacho hizo un esfuerzo por mostrarse seguro de sí mismo. Había reconocido a su interlocutor y no estaba nada seguro de sus intenciones. Miró a un lado y a otro, pero solo sirvió para convencerse que estaban solos.

Lucio, que había cumplido dieciséis años, era un aprendiz que Fulmen había acogido para iniciarlo como auriga. Era un muchacho discreto, noble, leal y agradecido, al que Cayo había tomado cariño como si de un hijo se tratara. Muy despierto, animoso y observador, le gustaba escaparse y dormir en la cuadra con los caballos la noche anterior a una carrera importante. No quería que nadie se acercase a ellos con malas intenciones. No sería la primera vez que los rivales intentaban envenenarlos, cegarlos o hacerles algún conjuro para echarles mal de ojo.

—¡Vaya, vaya, así que tú eres el amiguito de Fulmen! —dijo Servio, cuyos ojos se habían acostumbrado ya a ver en la oscuridad.

Lucio notó que tenía la boca seca, pero no quiso que este bravucón notara que tenía miedo.

—Yo no soy amiguito de nadie, así que, si no quieres nada de mí, vete.

No pudo evitar que la voz se le quebrase.

—¡Bueno! Así que el jovencito tiene mal carácter. ¡Qué miedo! —dijo el auriga condescendiente.

Lucio dio un paso adelante y le plantó cara.

—Te repito que te largues —dijo el joven con toda la determinación de que fue capaz.

—¡Huich, qué hombretón! Para ser un joven tan guapo tienes muy mal carácter —dijo Servio mientras con un rápido movimiento retorció el brazo del muchacho, echándolo de bruces sobre una bala de paja para inmovilizarlo con el peso de su propio cuerpo—. Yo te voy a enseñar lo que es un hombre de verdad —añadió con un jadeo entrecortado y un aliento queapestaba a vino agrio.

No le fue difícil a Servio subir la túnica corta y arrancar al joven la banda de tela que cubría su intimidad. Lucio sintió un dolor agudo y punzante, como si le acuchillaran de arriba abajo. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron como si quisieran estallar. Apretó los puños y los dientes y pensó que quería morir. Servio lanzó un gemido repugnante y todo acabó. Se separó del muchacho y se irguió.

—Cuéntale esto a tu amo —dijo el auriga que se arregló la túnica y desapareció por donde había venido.

Lucio, desfallecido, desgarrado por el dolor, se arrodilló, se recogió sobre sí mismo sujetándose el estómago con las manos y se puso a vomitar.

Nada de esto había llegado a conocimiento de Fulmen. Por la mañana, antes de subir al carro, había preguntado por él, extrañado de no verlo allí, pero nadie supo decir dónde estaba.

La expectación era máxima. Los caballos, nerviosos, piafaban y relinchaban con estrépito. Las gradas esperaban un



enfrentamiento a muerte. La familia imperial había ocupado su lugar de honor en el palco, aunque faltaba el emperador Valente que se encontraba en Antioquía reclutando un ejército para enfrentarse a los persas del sasánida Sapor II que creaban problemas en la frontera oriental, como era habitual. La ausencia del emperador deslucía un poco el ambiente porque gran parte de la alta nobleza le seguía donde quiera que se desplazara. Pero allí estaba la plebe de Constantinopla haciéndose notar, y un premio nada desdeñable de cien sólidos de oro para el ganador.

Sonaron los clarines. Los esclavos que se ocupaban de allanar la arena de la pista corrieron a refugiarse bajo una de las tribunas desde donde contemplarían el desarrollo del espectáculo, junto a otros asistentes y esclavos preparados para retirar con rapidez cadáveres, heridos y el despojo de los carros accidentados. Tenían que actuar muy rápido en caso de accidente, pues solo disponían del tiempo que los carros tardaban en dar una vuelta a la espina central. Era necesario que la pista quedara libre de obstáculos que pudieran entorpecer el paso de las cuadrigas, ya que los restos de las colisiones podían dar lugar a nuevos accidentes, aunque, por otra parte, cuando se producían, provocaban una emoción añadida en un público ávido de sensaciones fuertes.

El director de la carrera dio la salida agitando un pañuelo almidonado y las ocho cuadrigas, dos por cada color, rojo, blanco, verde y azul, se lanzaron a toda velocidad desde las arcadas del fondo del hipódromo, donde los *carceres* se situaban a ambos lados del gran arco triunfal, rematado con cuatro enormes caballos de bronce dorado. Todos trataban de conseguir la mejor posición, dejando la espina central a su izquierda, para comenzar las siete vueltas en torno a ella y alcanzar la meta, en la parte opuesta a los *carceres*, tras completar las vueltas establecidas. Todo el hipódromo estalló en un inmenso y

ensordecedor aullido, capaz de ser oído en Asia, al otro lado del Bósforo. Nadie guardó la compostura, ni siquiera los senadores o los équitos. Todos puestos en pie con los brazos en alto gritaban con todas sus fuerzas animando y dando vítores a los colores de su equipo.

Fulmen, en su primera recta, se había situado en cuarta posición, dos puestos detrás de Servio, que iba el segundo. Cayo había situado a Etamín y Bunda en el centro, emparejados con un ligero yugo. Los dos caballos de fuera iban solo bridados. Acamar iba en el puesto interior, pegado a la espina, por ser el más disciplinado y seguro, el más obediente a las indicaciones del auriga, el que mejor sabía contenerse cuando había que hacer de ancla en las vueltas. Al otro extremo, en el puesto más exterior, estaba situado Canopos, el más ligero, un puro nervio que había nacido para volar. Pronto llegaron al primer giro y las posiciones no cambiaron. La cuadriga de Fulmen comenzó a acortar distancia al carro de los blancos que tenía delante. El auriga, que lo vio acercarse en una posición interior que dejaba a Fulmen entre su carro y el muro de la espina, zigzagueó cortándole el paso con ánimo de estrellarlo contra ese muro. Apenas tuvo una fracción de segundo para reaccionar, pero, echando su cuerpo hacia atrás, pudo tirar de las bridas anudadas en torno a su pecho, para frenar levemente y alejar el carro del muro, saliendo por detrás de su adversario, antes de que terminara de cerrarlo. Esto lo salvó de estrellarse, pero le dejó en una posición muy abierta para girar y comenzar la segunda vuelta, lo que provocó que el segundo carro de los verdes, que venía detrás, le sobrepasara por dentro sin correr peligro y, realizando justamente la maniobra que él había intentado sin éxito, hizo que Fulmen pasara al quinto puesto. Así llegaron nuevamente a girar con un derrapaje por parte del carro de los rojos que estuvo a punto de perder la primera posición, si el carro de Servio no hubiese también derrapado.

Las posiciones al encarar la recta eran: carro de los rojos en primera posición, carro de los verdes guiado por Servio, en segunda posición, carro blanco en tercera posición, segundo carro verde en cuarta, carro azul, conducido por Fulmen, en quinta posición, segundo carro rojo en la sexta y carro blanco y azul en séptima y octava respectivamente. El carro de los verdes que había adelantado a Fulmen seguía corriendo en el carril interior pegado al muro y acometió el adelantamiento del blanco de la misma forma en que Fulmen lo había intentado sin lograrlo. Nuevamente el auriga del carro blanco intentó zigzaguear para cruzarse y cerrarle el paso, pero sus caballos no respondieron con la rapidez que él pretendía. El carro verde avanzó, el auriga del blanco utilizó el látigo con sus caballos, y, cuando comenzaron a cruzarse, lo que ocurrió es que la cuadriga del equipo blanco empujó a la del equipo verde contra el muro, de modo que el carro chocó con este y rebotó golpeando a su vez al carro blanco. El auriga salió despedido. El carro verde crujió, partió el timón, y la plataforma y las ruedas salieron, por un lado, y los caballos cabalgaron enloquecidos arrastrando al auriga sin conocimiento, por otro. Este no había tenido tiempo de cortar las bridas que lo sujetaban por la cintura y el pecho, utilizando el afilado cuchillo que todo auriga llevaba consigo y que rara vez podían utilizar cuando realmente era necesario. El carro verde, al recibir el impacto lateral del blanco, lanzó fuera de la plataforma al auriga que tampoco pudo soltarse. La cuadriga, mientras se desplazaba a toda velocidad hacia delante, comenzó un giro sobre sí misma que hizo que los caballos perdieran el equilibrio y todo se convirtió en un amasijo en que el auriga, golpeado por el carro, pateado y aplastado por los caballos, llevó la peor parte. El público volvió a ponerse en pie y a rugir enloquecido en las gradas. Ahora, al comenzar la tercera vuelta, el carro rojo seguía en primera posición, seguido muy de cerca por el carro verde de Servio

y, en tercera posición, Fulmen. Detrás quedaban el segundo carro rojo, el azul y el blanco.

Se mantuvieron las posiciones hasta el final de la recta. En el giro, Servio consiguió ceñir la cuadriga a la espina y pasó a la primera posición, dejando el carro del equipo rojo atrás, entre las aclamaciones históricas de los partidarios del equipo verde. Todos tuvieron que esquivar los restos del desastre ocurrido en la vuelta anterior, pues los esclavos del servicio de pista, solo se habían podido hacer cargo de los cuatro caballos del carro blanco accidentado y procuraban tenerlos controlados junto a la balaustrada de las gradas, alejados de la espina y de los carriles interiores, mientras los corredores en pista pasaban veloces. Esparcidos por la arena estaba la plataforma del carro blanco, en el centro, y la cuadriga completa del verde, un poco más allá, con los caballos relinchando y retorciéndose de dolor con alguna de sus extremidades y huesos rotos, o intentando ponerse en pie cabeceando desesperadamente, sin conseguirlo por seguir embridados al resto.

Al comenzar la cuarta vuelta, Fulmen se dio cuenta de que llevaba un buen trecho de ventaja a los tres carros que le seguían y que el carro que estaba inmediatamente detrás de él ahora era el segundo carro azul de su propio equipo. Esto significaba una ventaja a su espalda, no solo por la distancia que les sacaba a los que venían detrás, sino porque el carro azul de su compañero de equipo maniobraría para que los otros dos no se le acercasen, de modo que solo debería centrar su atención en los dos carros que tenía delante. Azuzó con sus gritos a los caballos que se estaban empleando a fondo y fue ganando terreno al carro del equipo rojo, mientras se pegaba una vez más en el carril interior al muro de la espina. El auriga del carro rojo hizo lo mismo para cerrarle el paso mientras se acercaban nuevamente al giro del fondo de la pista. En ese momento, Fulmen gritó a sus caballos con todas sus fuerzas.

—*¡Dextrorum, dextrorum!* ¡A la derecha, a la derecha!

Los caballos, perfectamente adiestrados, se separaron ligeramente del muro casi en el momento en que la recta se terminaba y comenzaba un nuevo giro. El auriga de los rojos se dio cuenta de que iba muy pegado al muro, pero ya nada pudo hacer más que enfrentar el giro lo mejor posible. Ir tan pegado hizo que, al terminar de girar, encarara la nueva recta muy separado de la espina. Fulmen que se había separado con tiempo, ahora podía ceñirse a los conos del final de la espina y encarar la recta pegado al muro.

—*¡Ad laevam, ad laevam!* ¡Izquierda, izquierda! —gritó Fulmen con todas sus fuerzas.

Se situó entonces entre la espina a su izquierda y el carro de los rojos bastante separado a la derecha.

—¡Iahh, iahhh! —gritó otra vez a sus caballos que, aunque pareciera imposible, aceleraron de modo que adelantaron al carro de los rojos limpiamente, dejándolo atrás.

El público aullaba, nuevamente puesto en pie en las gradas, sobre todo los partidarios del equipo azul, pues los partidarios del rojo maldecían y levantaban los puños mientras rechinaban los dientes con rabia.

No tuvo problemas en la recta. Los esclavos y los servidores de pista habían retirado ya los caballos heridos, los cadáveres de los aurigas muertos y el carro de los blancos. Solo quedaban los restos del carro de los verdes, pero no estaban en medio.

De este modo, la quinta vuelta comenzó con Servio por los verdes en primera posición y Fulmen por los azules en segunda. A Sexto Servio se le cambió la cara cuando, al volver la cabeza, vio que a quien tenía detrás y acercándose era a Fulmen. El giro al final de la pista no varió las posiciones. Servio comenzó a aplicar el látigo con vehemencia y pareció ganar distancia sobre Fulmen. Los partidarios del equipo

verde y los del equipo azul ya no se sentaban; puestos en pie, sus voces animaban a sus favoritos. Y comenzó la sexta vuelta.

Servio había cogido una distancia sobre Fulmen que parecía definitiva, pero este no se alteró, dejó que sus caballos siguieran desarrollando su propia carrera. Pensaba que el látigo rara vez era una buena ayuda y casi siempre resultaba un mal consejero. Según su criterio, Servio estaba cansando a sus caballos y estaba tomando una velocidad poco adecuada, como se vio al tomar el giro del fondo de la pista, en el que el auriga de los verdes casi pierde el control de su cuadriga, que se alejó con fuerza de la espina al derrapar, perdiendo toda la ventaja anteriormente ganada a Fulmen. La recta en la que encaraban los *carceres* de salida solo sirvió para igualarlos, aunque Servio continuó en primera posición. El giro para comenzar la vuelta número siete lo hicieron ambos bien y ciñéndose con perfección, primero Servio y acto seguido Fulmen.

El clamor del público aumentó hasta el delirio al iniciarse la última vuelta. Servio no renunciaba a seguir empleando el látigo y sus caballos echaban espumarajos blancos por la boca y la nariz. Cerró el paso a Fulmen impidiéndole que pudiera pasarle por dentro. Nuevamente el giro hizo que Servio se desplazase hacia fuera y Fulmen puso su carro a la misma altura, situándolo entre Servio y la espina. Servio, furioso, comenzó a acercar su carro peligrosamente al de Fulmen con idea de empujarlo hacia el muro. Fulmen comprendió que no podía apartarse si no quería acabar por estrellarse contra él y se mantuvo. Las ruedas de un carro y otro comenzaron a rozarse peligrosamente y solo se separaron para realizar el penúltimo giro del que ambos salieron igualados.

Ya solo quedaba hacer esta recta, tomar el último giro y encarar media recta más para traspasar la meta. Servio intentó una vez más empujar el carro de Fulmen para que chocase con el muro de la espina y otra vez Fulmen consiguió no desviarse.

En el último giro los dos derraparon con fuerza. Servio trató de que el buje de su rueda destrozase los radios de la rueda de Fulmen mientras cruzaba la cara de este una y otra vez con su látigo. Pero fue el buje de la rueda de Fulmen el que trabó la rueda de Servio que, al romper sus radios, hizo que el eje comenzara a hacer un surco en la tierra y Servio saliera disparado hacia adelante, yendo a caer entre los pies de sus propios caballos. Fulmen corrió los pocos metros que le quedaban para la meta, y su cuadriga la cruzó, ganando la carrera.

Los partidarios de los azules no cabían en sí de gozo, algunos que habían ganado en las apuestas daban saltos de alegría. Los partidarios de los verdes se llevaban las manos a la cabeza. No podían entender cómo Servio había perdido la carrera.

Fulmen, una vez parados los caballos, daba la vuelta al hipódromo con su cuadriga al paso, recibiendo los aplausos y la aclamación del público. Vio cómo retiraban a Servio en unas parihuelas, no sabía si vivo o muerto.

Las gradas se venían abajo en vítores hacia el triunfador. Paró sus caballos a los pies de la tribuna imperial para subir a recibir el premio, y los servidores de su equipo se arremolinaron alrededor suyo para hacerse cargo de la cuadriga, desasirlo de las bridas sujetas a pecho y cintura y ayudarlo.

—¿Dónde está Lucio? —preguntó Fulmen.

Nadie supo responderle.